

Chanchito

Revista Semanal Ilustrada para Niños.

VOLUMEN II

BOGOTA, FEBRERO 8 DE 1934

NUMERO 27



MINNIE MOUSE

EL DIBUJO PARA LOS NIÑOS

con lápices y cajitas de colores que vende EL MENSAJERO, es el pasatiempo más agradable y útil.

En la misma Librería y Papelería, es la agencia de *Billiken* y *Marilú*, las mejores revistas argentinas para niños.

EL BANCO DE LA REPUBLICA

interesado en facilitar a la juventud la consulta de obras sobre cuestiones económicas y financieras, y aumentar en la generalidad de las gentes la afición por este género de estudios, ha resuelto abrir para el público la BIBLIOTECA DEL BANCO, que está siendo provista de las obras nacionales y extranjeras de mayor actualidad.

HORAS DE LECTURA:

DE 2 A 4 Y MEDIA P. M.,
TODOS LOS DIAS,
EXCEPTO LOS SABADOS
Y DOMINGOS

Estufitas eléctricas de verdad !

Para la cocina
del muñequero

*Pídele a tu mamá que te
lleve a verlas al almacén de la*

Energía

Calle 13, No. 10-69

PARA LOS NIÑOS

EL MEJOR
RECONSTITUYENTE

EXTRACTO
DE
MALTA DE

BAVARIA

Con licencia de la Comisión
de
Especialidades Farmacéuticas.

COLEGIO

**PARA NIÑOS DE
4 A 10 AÑOS**

—
DIRIGIDO
POR LA SEÑORITA
MERCEDES DE LA CRUZ

—
Carrera 12, No. 16-64
Teléfonos: 30-80 y 23-77

DISPONIBLE

LOZA DE PEDERNAL

LOZA BLANCA
CRISTAL
ALUMINIO



ARTICULOS PARA REGALO



ALMACEN "MIO"

(PLAZA DE BOLIVAR)



*Ahora comprendo
por qué fuma papá!*

Todos los textos

**nacionales y extranjeros adoptados en los
colegios y escuelas de la República, y to-
da clase de útiles para escolares.**

LIBRERIA COLOMBIANA

CAMACHO ROLDAN & CIA. - S. A.

7-50 - Calle 12 - Bogotá - Apartado 199.

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Directora, Mercedes Caro

ADMINISTRACIÓN:

Carrera 6.ª - 10-60—Tel. 90-62



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385
Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN II

BOGOTA, FEBRERO 8 DE 1934

NUMERO 27

LA ESCUELA

Piensa, hijo mío, un poco y considera qué despreciables y estériles serían tus días si no fueses a la escuela! Juntas las manos, de rodillas, pedirías al cabo de una semana volver a ella, consumido por el hastío y la vergüenza, cansado de tu existencia y de tus juegos. Todos, todos estudian ahora. Piensa en los obreros que van a la escuela por la noche, después de haber trabajado todo el día; en las mujeres, en las muchachas del pueblo que van a la escuela los domingos, después de haber trabajado toda la semana; en los soldados, que echan mano de libros y cuadernos cuando vienen rendidos de su ejercicio; piensa en los niños mudos y ciegos que, sin embargo, estudian, y hasta en los presos, que también aprenden a leer y escribir. Pero qué más! Piensa en los numerosos niños que se puede decir que a todas horas van a la escuela en todos los países; míralos con la imaginación cómo van por las solitarias callejuelas de la aldea, por las concurridas calles de la ciudad, por la orilla de los mares y de los lagos, ya bajo un sol ardiente, ya entre las nieblas, embarcados en los países cortados

por canales, a caballo por las grandes llanuras, en suecos sobre la nieve, por los valles y colinas, atravesando bosques y torrentes, por los senderos solitarios de las montañas, solos, por parejas, en grupos, en largas filas, todos con los libros bajo el brazo, vestidos de mil modos, hablando miles de lenguas, desde las últimas escuelas de Rusia, casi perdidas entre los hielos, hasta las últimas de Arabia, a la sombra de las palmeras; millones y millones de seres que van a aprender, en mil formas diversas, las mismas cosas; imagína este vastísimo hormiguero de niños de mil pueblos, este inmenso movimiento del cual formas parte y piensa: si este movimiento cesase, la humanidad caería en la barbarie; este movimiento es el progreso, la gloria del mundo.

Valor pues, pequeño soldado del inmenso ejército. Tus libros son tus armas, tu clase es tu escuadra, el campo de batalla la tierra entera, y la victoria, la civilización humana. No seas un soldado cobarde, hijo mío!

AMICIS

EL TÍO PERICO

Al cultivo dedicado,
con dos asnos que tenía,
el tío Perico vivía
ni envidioso ni envidiado.
Mas como nada hay seguro,
un día murió un borrico
y se encontró el tío Perico
metido en un grande apuro.
Y exclamó: Pues está bueno,
ahora se muere el muy bolo...
Quién con un borrico solo
siembra cebada y centeno?
Mas no dirán que un baturro
se encuentra un poco atrancao,
me engancho yo en el arao
y ya no hace falta el burro.
Juanillo, arrea derecho,
el burro y yo en el timón
y no habrá en todo Aragón
como éste ningún barbecho.

Y lo hizo cual lo pensó,
y mientras el par tiraba
el muchacho les gritaba:
arre burro... padre... sooo!...
Pero como es natural
el arado se torcía
y la operación salía
un poquito desigual.
Notando el tío Perico
que Juan palos no le daba,
en tanto que castigaba
con gran exceso al borrico,
se paró y dijo muy fiero:
Chiquío, nada e distinciones;
duro al que tiene calzones;
la justicia es lo primero.
Si el borrico es aquí el malo
palo y más palo al borrico;
si el malo es el tío Perico,
lo mismo, palo y más palo.

LOS MALOS PRESAGIOS

Un hombre fue llorando a buscar a Catón, uno de los varones más sabios de la República Romana, y le dijo que estaba aterrado por una aventura que le pareció de muy mal augurio.

—De qué se trata?, le preguntó Catón.

—De que los ratones han roído esta noche mis sandalias, contestó el hombre.

—Tranquilízate, respondió Catón; el mal no es muy grande. Sabes lo que hubiera sido verdaderamente terrible, y lo que hubiera debido inquietarte, caso de que hubiera ocurrido? Hubiera sido. . . .

—Qué?

—El que tus zapatos se hubieran comido a los ratones.

Nuestro hombre se fue avergonzado, viendo que se burlaban de su superstición.

EL ENEMIGO DE NAPOLEON

(POR ARTURO CONAN-DOYLE)

I

Muchas veces, el inspector Lestrade, de Scotland Yard, venía a pasar la velada con nosotros y, fumando cigarrillos y bebiendo whisky, charlábamos de mil cosas. Sherlock Holmes gustaba no poco de estas visitas porque servían para tenerle al corriente de cuantos asuntos intervenía la policía.

A cambio de tales noticias Holmes se interesaba especialmente por los sucesos encomendados a Lestrade y le aconsejaba y le dirigía con aquella su pericia y su innegable experiencia de los hombres y de las cosas.

Una tarde en que habíamos agotado infinidad de temas —las mujeres, el tiempo, los libros, los crímenes célebres— decayó la conversación, y de pronto Holmes, mirando fijamente a Lestrade, preguntó:

—¿Qué? ¿No es interesante?

—No; no tiene nada de particular.

—No importa; decídmelo.

El inspector se echó a reír.

—Seamos francos, Holmes; os he dicho que no tenía nada de particular y, sin embargo, estoy realmente preocupado con ello. A veces me parece tan estúpido que no le creo digno de atención, y en otras ocasiones le creo tan extraño, en medio de su vulgaridad, que me parece no he de llegar a resolverlo nunca. De muy antiguo sé lo que os interesa todo lo extraordinario; pero, o mucho me engaño, o este asunto es más de la competencia del doctor Watson que de la vuestra.

—¿Algún caso patológico? —pregunté.

—Sí; un caso de locura, de una extraña locura. Imaginaos que existe actualmente en Londres un individuo que odia a Napoleón I hasta el punto de romper todas cuantas estatuas le representan.

Holmes se encogió de hombros.

—Tenías razón; a mí no me importa esa historia.

—Ya lo dije antes; pero si tenemos en cuenta que ese hombre asalta las casas para

romper los bustos de Napoleón, veremos que se escapa del dominio del doctor y entra de lleno en el d la policía.

Holmes se inclinó sobre el brazo derecho del sillón.

—¡Hombre! Eso es ya más interesante. Contádmelo.

Lestrade sacó un cuaderno, y después de consultar algunas notas refresca-memorias, empezó a hablar.

—El primer hecho de este género tuvo lugar hace cuatro días en casa de Moisés Hudson, que tiene una tienda de objetos artísticos en Kennington Road. El comerciante entró un momento en las habitaciones interiores, cuando de pronto fue desagradablemente sorprendido por un estrépito. Volvió corriendo a la tienda y se encontró roto en mil pedazos un busto en yeso de Napoleón que tenía encima del mostrador entre otros varios objetos. Salió en seguida a la calle, y a pesar del testimonio de varias personas que habían visto salir precipitadamente a un individuo de la tienda, no pudo encontrarle. Atribuyó el suceso a uno de esos actos de barbarie tan frecuentes desde hace algún tiempo, y en esta forma hizo la denuncia a la policía. El busto no costaba más que unos cuantos chelines, y por lo tanto no se le concedió importancia alguna al asunto.

Sin embargo, anoche y en condiciones mucho más graves y extraordinarias, se repitió el caso también en Kennington Road, cerca de la tienda de Hudson, en casa del doctor Barnicot, muy conocido y acreditado en la orilla izquierda del Támesis. El doctor Barnicot, aunque tiene la consulta en Kennington Road, posee una clínica a unas dos millas de distancia en Lower Brixton Road.

Este buen señor es un admirador fanático de Napoleón. Su casa está llena de libros, de cuadros, de estampas, de periódicos, etc, referentes a la historia del emperador de los franceses. Precisamente pocos días antes había comprado en casa de Hudson dos yesos completamente iguales representando el

busto de Napoleón y modelados por el escultor Devine. Colocó uno de ellos en la antesala de su casa de Kington Road, y puso el otro encima de la chimenea de su gabinete de Lower Brixton.

Esta mañana, al levantarse el doctor, vio que su casa había sido asaltada durante la noche, pero que, sin embargo, no faltaba más que el busto de yeso, que debió ser lanzado violentamente contra la tapia del jardín, a juzgar por los pedacitos que se encontraron cerca de dicha tapia.

Holmes se frotó las manos regocijado.

—¡Bravo! ¡Esto se complica!

—Ya sabía yo que os había de interesar la historia. A medio día el doctor Barnicot se dirigió a la clínica de Lover Brixton, y ¡cuál sería su asombro al encontrarse con la ventana abierta de par en par y en el suelo los pedazos de otro busto! Inmediatamente dio parte de lo ocurrido a Scotland Yard, y aunque comprendimos desde el primer momento que el autor de estos desaguisados era el mismo que el de la tienda de Mr. Hudson, no hemos logrado pescarle, por más esfuerzos que se han hecho.

—Realmente se trata de una historia interesantísima —repuso Holmes—. ¿Sabéis si los bustos del doctor Barnicot eran reproducciones exactas del que apareció roto en la tienda?

—Sí; los tres procedían del mismo molde.

—Esa circunstancia demuestra vuestra hipótesis de que el autor de los desperfectos sea un encarnizado enemigo de Napoleón. Sin embargo, debemos tener en cuenta que resulta demasiado casual el que, existiendo tantas figuras de Napoleón en Londres, las tres que han aparecido rotas procedieran del mismo molde y de la misma tienda.

—Conformes, amigo Holmes; pero no debemos olvidar que Moisés Hudson es el único vendedor de objetos artísticos que hay en este barrio de Kington Road. Así, pues, aunque existan en Londres infinitas figuras representativas del gran hombre, es de suponer que esos tres bustos fueran los únicos que existían en el barrio. Nada más natural que, si el maniático vive en esa parte, empiece por esta otra sus hazañas; ¿no es verdad, señor Watson?

—No creáis que es tan fácil sentar una conclusión determinativa tratándose de un loco. Según los psicólogos franceses, la “idea fija” obsesiona de tal manera que a ella únicamente responden todos los hechos del maníaco. Un hombre que haya estudiado a fondo la historia de Napoleón, o cuya familia haya recibido durante la gran guerra algún grave daño o injuria, puede haber caído en la obsesión, y ya en el principio cometer actos tan extraños como los que nos acabáis de relatar.

—Conformes, Watson —interrumpió Holmes—; pero no se trata de eso; lo importante es averiguar cómo llegó a enterarse con tal exactitud donde estaban los bustos.

—¡Ah! Eso ya no lo sé.

—Ni yo tampoco. Pero no dejaréis de reconocer que hay demasiado método y precisión en esos actos para que sean producto de un cerebro desequilibrado. Por ejemplo: en el vestíbulo del doctor Barnicot, donde el ruido podía despertar a la gente, sacaron el busto al jardín para romperlo, mientras que en la clínica, donde no había tal peligro, el busto fue roto en la misma habitación.

—¡Es verdad! —exclamamos Lestrade y yo al mismo tiempo.

—Ya recordaréis, amigo Watson, que todos los asuntos interesantes, los que más me dieron y han dado que trabajar, fueron precisamente los más misteriosos por su sencillez. Os ruego, querido Lestrade, que no olvidéis este asunto, y que en cuanto ocurra algo nuevo —que ya veréis cómo no tarda en ocurrir— vengáis a decírmelo.

II

No se engañó Sherlock Holmes en sus suposiciones, y antes de lo que esperábamos hubo de intervenir en el misterioso asunto. Al día siguiente por la mañana, estando yo vistiéndome para salir, llamaron a la puerta de mi cuarto. Abrí y entró Sherlock con un telegrama en la mano.

—¡Galla! ¿Qué hay de nuevo?

—Oid.

Y leyó lo siguiente:

“Venid inmediatamente. Pitt Street, 131. Kensington.—*Lastrade*”.

—¿Y qué quiere decir esto? —exclamé.

—No sé... Me figuro que será la continuación de la historia de los bustos. Si es esto, nuestro hombre ha variado de barrio. Antes Kennington, ahora Kensington. Vamos, bebed pronto ese café. Abajo hay un coche esperándonos.

Media hora después llegábamos a Pitt Street, una calle que en medio del ruido y ajeteo de Kensington era como un pequeño oasis de paz y de silencio. La casa, que tenía el número 131, era como sus vecinas, sin nada que llamase la atención ni fuera de lo vulgar. Al llegar nos encontramos cerca de la verja con una porción de curiosos que se apretaban y codeaban hablando todos a un tiempo. Holmes no pudo contener un gesto de alegría.

—¡Caramba! Crimen tenemos. Fijáos. Watson; no hay más que mirar la ansiedad con que alarga ese granuja el cuello para comprender que se trata de hecho violento. ¡Hombre! La parte alta de la escalera está mojada y secos los primeros escalones. Es raro, ¿verdad? Pronto saldremos de dudas, porque veo a Lestrade en aquella ventana y él nos contará lo sucedido.

El *detective* nos recibió con aspecto despreocupado, y después de saludarnos gravemente nos condujo a otra habitación, donde había un hombre agitadísimo y dando muestras de una gran excitación. Vestía una bata de franela blanca y nos fue presentado como Mr. Horacio Hasker, dueño de la casa y miembro del Sindicato de la Prensa.

—¡Otro busto de Napoleón! —exclamó Lestrade después de las presentaciones.—Como ayer me dijisteis que os interesaba el asunto, he creído conveniente avisaros ahora que toma un aspecto mucho más grave.

—¿Más grave?

—Ya lo creo. ¿Queréis tener la bondad, Mr. Hasker de contar a estos señores lo ocurrido?

El hombre de la bata blanca cesó en sus paseos, y parándose delante de nosotros, mostrando la compungida cara, exclamó:

—¡Es extraordinario! Yo que me he pasado la vida contando al público las desgracias y las convulsiones ajenas, ahora que se trata de mí, no puedo encontrar palabras.

Tengo la seguridad que si yo no fuera en estos momentos, si pudiera tener la sangre fría del reporter, haría un hermoso, un emocionante relato; pero no puedo. Toda la mañana me paso explicando el asunto, y tengo la seguridad de que ninguna vez he sabido dar la sensación exacta.

Hizo una pausa, se limpió la boca con el pañuelo, y sentándose, continuó:

—No es la primera vez que oigo vuestro nombre, Sr. Holmes, y no sabéis cuánto me alegro de que seáis vos precisamente el encargado de resolver este enigma.

Holmes se inclinó silenciosamente, luego se repantigó en una butaca y cerró los ojos, como siempre que se disponía a escuchar algo interesante.

—La aventura —empezó el periodista— parece tener por eje principal cierto busto de Napoleón que compré hace cuatro meses para adornar un poco más este salón. Anoche, como siempre, estuve trabajando hasta muy tarde. El despacho lo tengo en el tercer piso, y a eso de las dos de la madrugada, en medio del augusto silencio propio de esa hora, me pareció oír ruido en el piso bajo. Presté atención, y como no sintiera nada más, reanudé mi trabajo. De pronto sonó un grito terrible, un grito taladrante que no olvidaré nunca, Sr. Holmes. Permanecí largo rato helado de terror, luego, esforzándome en recobrar la sangre fría, descendí al piso bajo. En cuanto entré en la habitación, noté que la ventana estaba abierta de par en par y que el busto había desaparecido. Lo demás, aún objetos de muchísimo más valor que el yeso insignificante, estaba intacto.

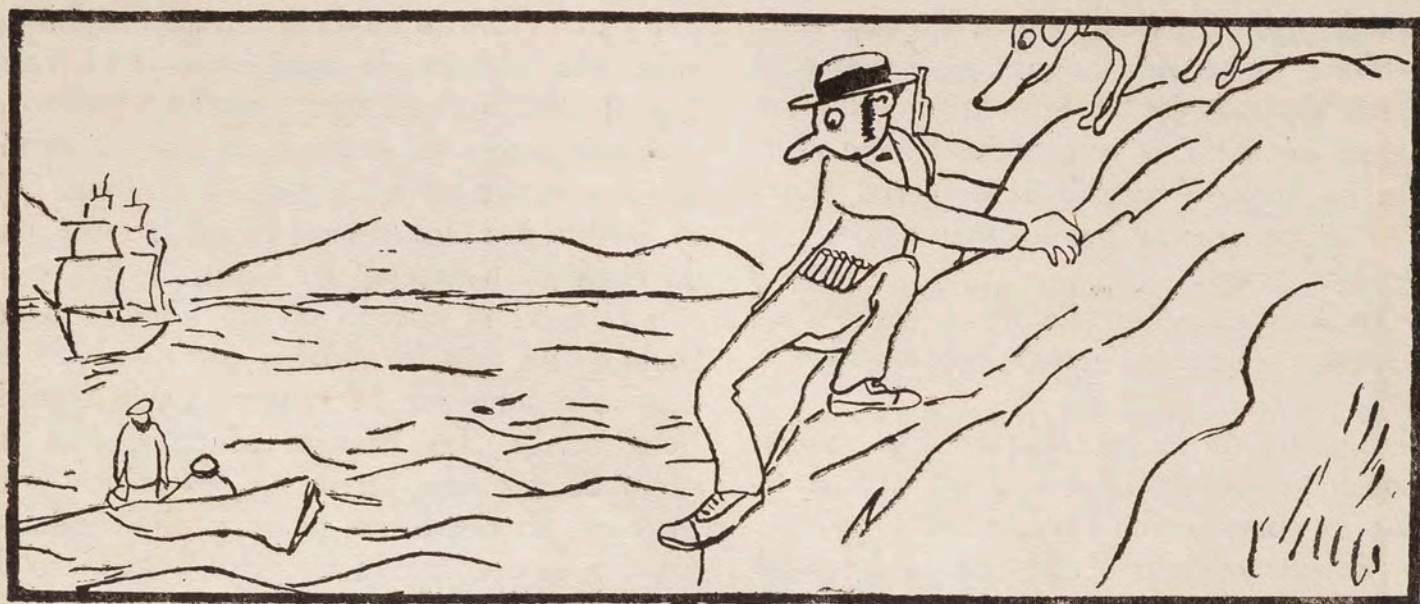
Continuando mi examen vi que el ladrón debió salir de un salto por la ventana. Salí al jardín y a los pocos pasos tropecé con un cadáver. Retrocedí en busca de luz, y ya con ella, vi el cuerpo de un hombre degollado de un tajo formidable por donde se escapaba a torrentes la sangre. Yacía tendido boca arriba, las piernas abiertas, con un gesto de supremo terror en los labios y en los ojos. Dí dos o tres pasos tambaleándome, lancé a la obscuridad un grito angustioso de socorro y caí desmayado.

(Continuará)

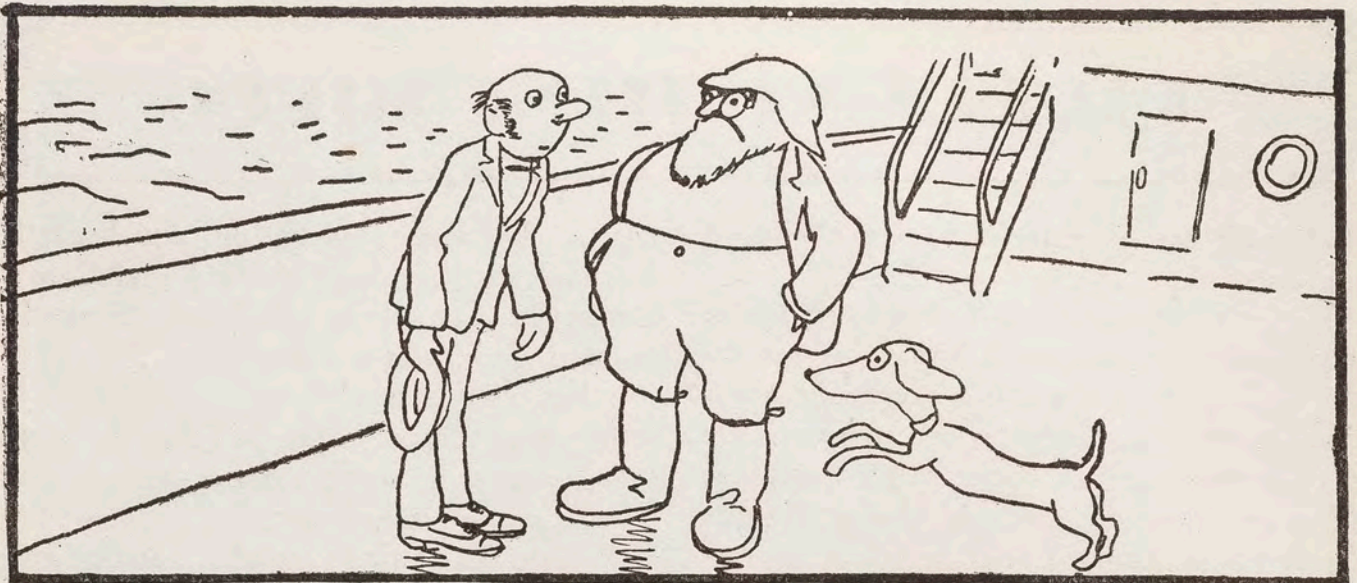
FANTASTICAS AVENTURAS DE TITO Y TIO



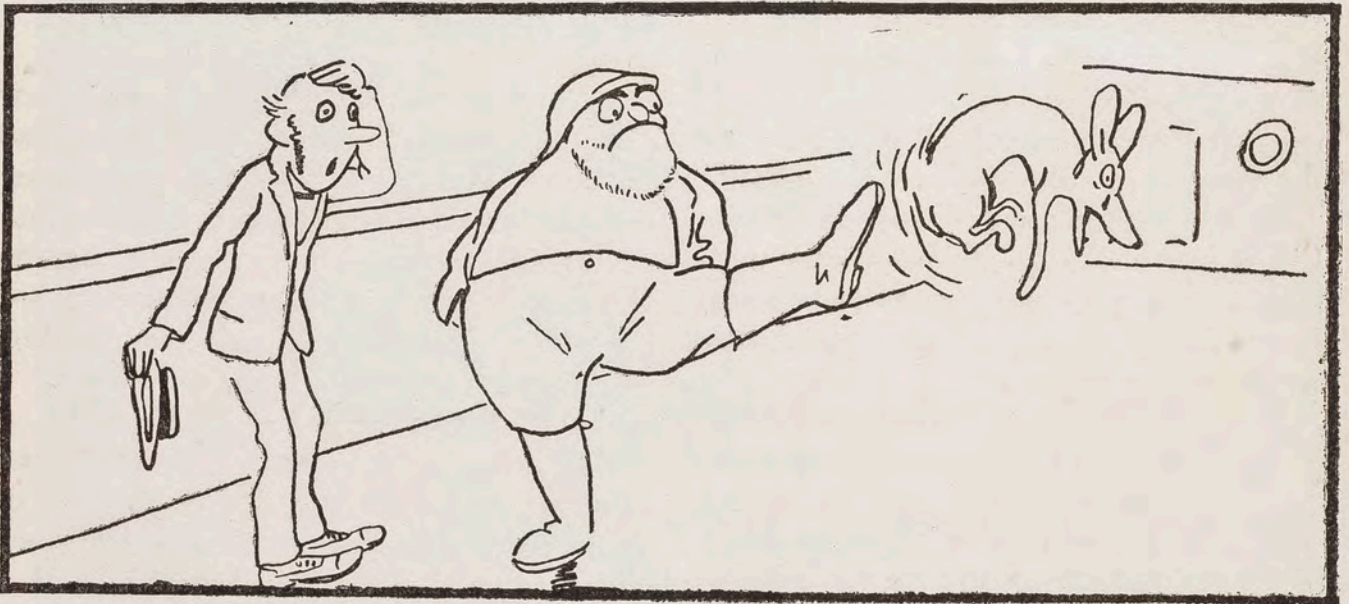
131. — Pues el vigía acababa de divisar a los que suponía náufragos.



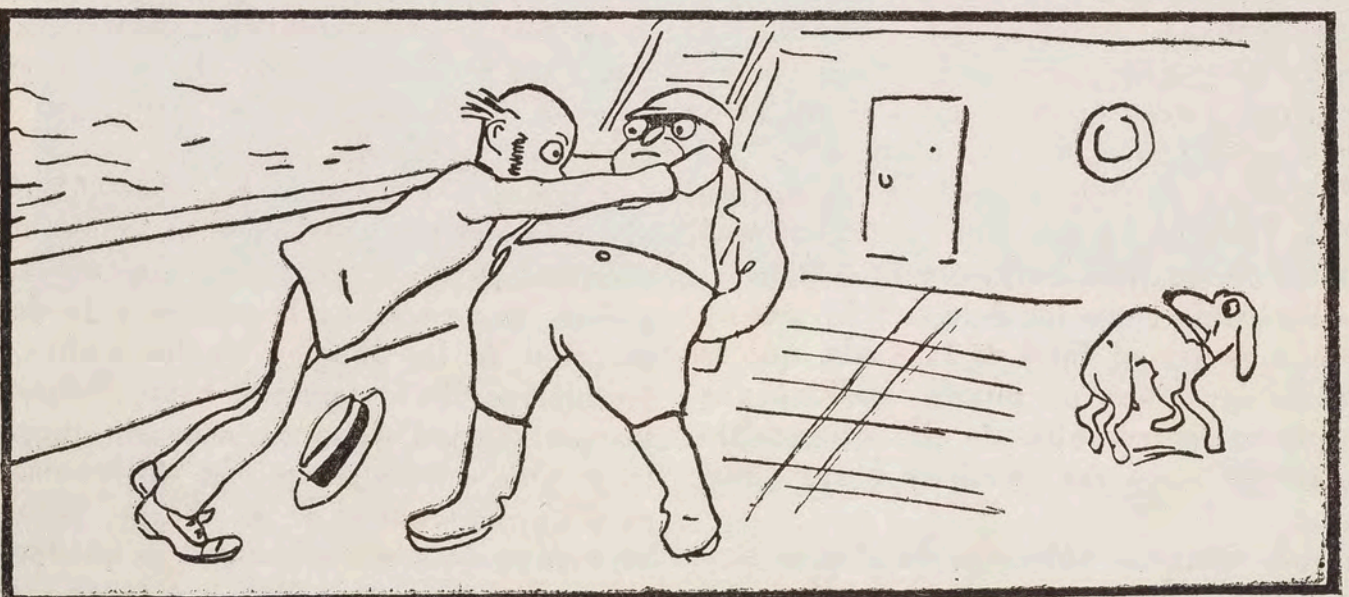
132. — Don Tito, a riesgo de romperse un hueso, bajó por el acantilado al ver llegar un bote. . . .



133. — Llegaron a bordo. Don Tito contó su historia al capitán que era un alcohólico de la peor especie. . . .



134. — Y que no estaba para perritos en aquel momento.



135. — Al ver tratar tan mal a su pobre Tif, el boticario, en un rapto de furor, se precipitó sobre el capitán. . . .

PIRULA NO TIENE MIEDO

Debía de ser el palacio de las abejas, o mina de miel.

En efecto: Pirula no se había equivocado.

Las paredes aparecían cubiertas de esa especie de casilleros o nichitos donde estos volátiles gustan de depositar el producto de sus correrías por las vegas y los jardines, y el efecto no podía ser más bonito. Hebras de oro, como rayos de sol, estalactitas resplandecientes, artesonados como hechos con astillas de cristal y virutas de espejos, confundiendo mágicamente, daban la sensación de que en la gruta había una gran hoguera... que no quemaba ni despedía humo. Por añadidura, las musiquitas de tanto insecto embelesaban el oído.

Pirula creyó volverse loca de júbilo en aquella magnífica colmena que no admitía rival con la confitería mejor surtida. ¡Poco que le gustaba a ella lo dulce! Cogió unas hojas de morera para no pegarse las manos, y "atacó" a una especie de tarta monumental que surgía de la pared...

La gruta se prolongaba, siempre brillante de miel riquísima, igual que un camarín lleno de luces. Al final se abría un camino cada vez más estrecho. Por él se aventuró Pirula, una vez bien satisfecho su apetito.

Así anduvo y anduvo bastante tiempo, sin dejar de relamerse porque la golosina le supo a poco. "Mañana volveré a darme otro atracón. Bueno; atracón, no —rectificó—, porque no tendría gracia que me pusiera enferma de la tripa en estos sitios encantados, donde, a lo mejor, no hay médicos..."

El camino iba haciéndose cada vez más estrecho, hasta que a uno y otro lado apareció el mar. ¡Magnífico! A Pirula le gustaba el mar casi tanto como los dulces. Y lo más estupendo es que al final de la senda, que se extendía igual que un puente, alzabase una roca, y en lo más alto de ella un castillo "de cuento", con sus torreones y sus almenas...

Pirula dio unas volteretas de alegría.

—Allí me tienen que pasar muchas co-

sas... Lo menos viven en aquel castillo, Barba-Azul, Pinocho, Caperucita, el Gato con Botas, la Cenicienta, Gulliver, Simbad el marino, Robinsón y Peter Pan...

¿Acertaba Pirula?

Mientras ella sube por la falda de la montaña, vamos a ver nosotros quiénes vivían en el castillo embrujado.

Porque embrujado estaba, desde luego. Y su situación era la correspondiente a un cuento de duendes, fantasmas o, por lo menos, de piratas.

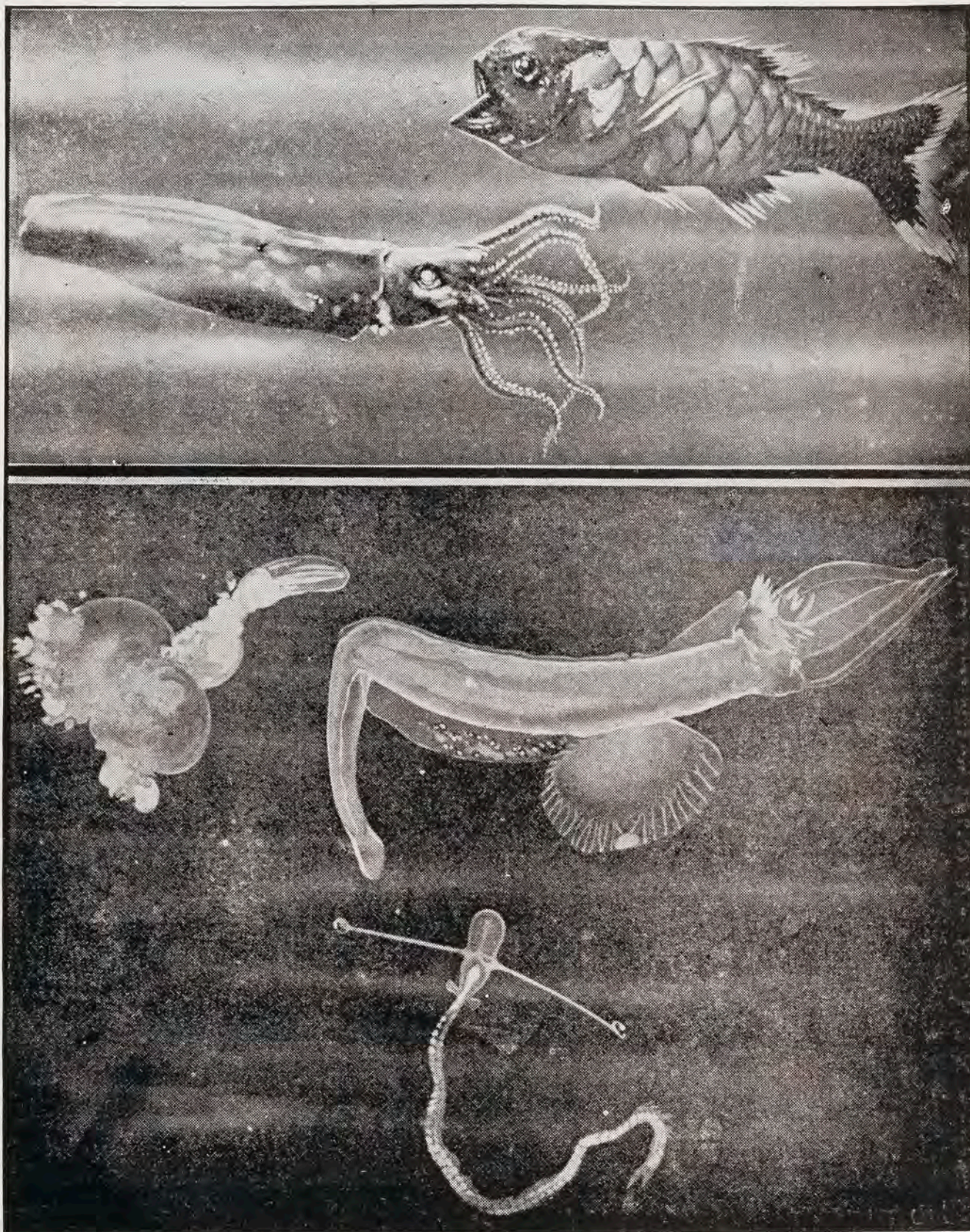
¡Menudos piratas, ladrones, granujas y canallas eran los misteriosos moradores del castillo!

Se reunían a media noche, cuando regresaban de sus fechorías, y poníanse a bailar en corro, dando aullidos tan amedrentadores que las mismas águilas y gaviotas huían. ¿Y sabéis en qué consistían sus hazañas? Pues nada menos que en quitarles a todos los niños algo que vale más que los juguetes: el gusto de vivir y de ser buenos, formales y alegres.

Los duendes del castillo, invisible, naturalmente, se metían en todos los hogares donde había muchachos, y al que lloriqueaba en su cuna le quitaban el sueño, y al que reñía con su hermano le arrebataban la risa, y a otros se les llevaba la obediencia, y a otros el respeto, y a otros la amabilidad... A muchos aquellos malditos tunantes les dejaban sin educación, que es lo más espantoso que puede sucederle a cualquiera, por pequeño que fuere.

Así, una vez cometido su robo, en infinidad de casas se quedaban otros tantos niños enfermos, pálidos, gruñones, antipáticos, egoístas, que causaban la tristeza y la desesperación de los abuelos, de los padres, de las niñeras, de los amigos. Eran, realmente, insoportables. Porque un nene sin juguetes todavía sabe entretenerse con las bromas de su tío o los cuentos de su abuela; pero un nene sin sueño o sin urbanidad es un desgra-

Pasa a la pág. 15



ALGUNOS RAROS EJEMPLARES REPRESENTATIVOS DE LA VIDA EN LAS PROFUNDIDADES DEL MAR

Con auxilio de dragas, redes de arrastre y azadas, la fauna de las profundidades de los mares ha sido arrancada de su obscuridad y llevada a la superficie para ser examinada por los hombres de ciencia. Estos métodos han aportado algunos raros hallazgos. La fotografía inferior muestra tres animales de extraña figura, pescados en el fondo del mar de la Bahía de Hudson. Especialmente notable es el animalculo con ojos en los extremos de largas antenas. La fotografía superior muestra un pez con escamas coloreadas de azul turquesa y una sepia que ostenta algunos miles de puntos luminosos en su cuerpo. Hasta mediados del siglo pasado, prevalecía la creencia de que, en el mar, la vida cesaba a la profundidad de unos 550 metros.



INFANCIA

(Estos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera).—G. G. G.

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba azul, pequeños
liliputienses; Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano,
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bostezo vago
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
baio las sombras de impasible techo.

En alas de la brisa
del luminoso Agosto, blanca, inquieta
a la región de las errantes nubes
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana;

con el vestido nuevo hecho jirones,
 en las ramas gomosas del cerezo
 el nido sorprender de copetones;
 escuchar de la abuela
 las sencillas historias peregrinas;
 perseguir las errantes golondrinas,
 abandonar la escuela
 y organizar horrísona batalla
 en donde hacen las piedras de metralla
 y el ajado pañuelo de bandera;
 componer el pesebre
 de los silos del monte levantado;
 tras del largo paseo bullicioso
 traer la grama leve,
 los corales, el musgo codiciado.
 Y en extraños paisajes peregrinos
 y perspectivas nunca imaginadas,
 hacer de áureas arenas los caminos
 y de talco brillante las cascadas.
 Los Reyes colocar en la colina

y colgada del techo
 la estrella que sus pasos encamina,
 y en el portal el Niño-Dios riente
 sobre mullido lecho,
 de musgo gris y verdecino helecho.

¡Alma blanca, mejillas sonrosadas
 cutis de níveo armiño,
 cabellera de oro,
 ojos vivos de plácidas miradas,
 cuán bello hacéis al inocente niño!

¡Infancia, valle ameno,
 de calma y de frescura bendecida
 donde es suave el rayo
 del sol que abrasa el resto de la vida!
 ¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
 cómo tus breves dichas transitorias,
 cómo es de dulce en horas de amargura
 dirigir al pasado la mirada
 y evocar tus memorias!



PAGINA PARA COLOREAR



Los niños en Alemania suelen en los días de fiesta bailar danzas populares con vestidos de los viejos tiempos. Coloread esta lámina recordando que los alemanes tienen el pelo rubio y los ojos azules, y que les gustan mucho los tintes rojos, verdes y amarillos.

Viene de la pág. 10

ciado del que no se puede hacer carrera...

En los inmensos salones del castillo, los duendes almacenaban todo lo robado, que formaba pirámides hasta el techo. Allí había montones de sueños de niña, lindísimos; y ganas de comer, tan coloraditas y frescas; y palmoteos y pucheretes y muecas y gestos que eran unas monadas; y miradas cariñosas, y palabras dulces, y saludos, y despedidas, y sonrisas de las mejores, y besos de los fuertes y abrazos de los que aprietan y no se concluyen... En suma: allí estaba el almacén de las gracias y atracciones infantiles que convierten cada hogar en un paraíso.

Pirula pudo enterarse aquella misma noche, cuando, escondida en el aposento de al lado, oyó las carcajadas y los gritos de los duendes.

—¿Y qué hago yo con este ejército de granujas? ¿Cómo los desencanto y los vuelvo encantadores, si, por lo que veo, no lo serán nunca?

Al amanecer se marcharon, según su costumbre. Pirula, asomada a un ventanal, se puso a pensar en su situación. Por vez primera no le hacía gracia. Allá abajo veía el mar, interminable, inmenso, sin una embarcación, rodeando el castillo como si fuera una cárcel. En los salones, tras de la puerta de hierro que los guardaba, los tesoros querían escaparse, y se pasaban las horas gimiendo, suspirando, llorando... Daba pena oírlo. Claro es que la aventura más preciosa que podía ocurrirle a Pirula hubiera sido romper los cerrojos y libertar a los tesoros tan ferozmente aprisionados; pero no tenía fuerzas. Lo intentó, y tuvo que renunciar a su empeño, con las manos ensangrentadas. La única solución era marcharse.

Y fue la que Pirula rechazó con más energía. Ella no abandonaba a los cautivos. Ella no tenía valor para dejarlos en su encierro sometidos a la crueldad de aquellos bribones.

¿Qué hacer?

Reconociéndose incapaz de resolver el conflicto, Pirula se acordó de su madre, se acordó de los caracolitos, se acordó de Chacharisa, de Papá-Chitón, y entonces, sin querer, tuvo esa idea que se les ocurre a todos los que están muy apurados: se puso a llorar.

Pirula no lloraba casi nunca; bueno es que se sepa. Aquella vez reconoció que no le quedaba otro recurso. Llorar con toda el alma, pero sin armar ruido, para que no la oyese nadie..., y pidió auxilio a la Virgen.

Bien sabía Pirula que no habrían de desampararla. Porque tan pronto como sus lágrimas principiaron a rodar por sus mejillas y a caer desde la ventana al aire, las lágrimas se trocaron en nubes, y las nubes, cada vez más anchas, encapotaron el cielo hasta que en pocos minutos estalló una lluvia torrencial.

Pero al mismo tiempo, y por el lado contrario, el cielo mostraba una clarita, por la que se escapaban unos rayos de sol. Al chocar con el aguacero se produjo el arco iris, con su espléndida curva que arrancaba del horizonte marino, para venir a reclinarse, ¿dónde diréis?: al pie mismo del ventanal, en el regazo de la llorosa Pirula.

Y antes de que la muchacha pudiese darse cuenta de la catarata de luces que le encendía el rostro y las manos, del comienzo del arco, allá en lo último del mar, surgieron siete angelitos, cada uno de un color diferente, los cuales dieron un gracioso salto hasta el salón del castillo.

—Anda, anda, vente con nosotros —le dijeron a la vez—. Aquí morirás sin remedio.

—¿Por qué? —preguntó Pirula, mitad llorando aún, mitad riendo.

—Porque eres una muchacha que está siempre contenta, y eso es lo que hace rabiar más a los tunantes, y los duendes y los diablos. Anda, cógete bien, y no llores, porque cada lágrima tuya pesa una atrocidad. En el camino te contaremos nuestra historia.

Sin que se lo pidieran de nuevo, Pirula, ayudada por los siete ángeles —colores del arco iris—, emprendió el vuelo sobre el mar. Todos estaban locos de júbilo. El ángel rojo, moviendo las alas con graciosa agilidad, empezó a contarle a la muchacha:

—Este verano, como hemos sido demasiado revoltosos, Dios nos ha castigado a estar presos en este arco tostándonos y achicharrándonos en el aire, los días de tormenta...

—¡Bah —interrumpió el angelote azul—. Lo peor no es eso, sino la amenaza que nos

ha hecho San Pedro, si seguimos dándole guerra este invierno...

Pirula no quiso averiguarlo, entretenida en acomodarse bien para no escurrirse y dar de bruces en tierra.

—Lo peor —continuó el ángel azul frunciendo las cejas— es que nos va a convertir en globitos de bazar todos los jueves...

—¿Y qué? —interrogó, por fin, Pirula, cándidamente.

—¿Cómo que y qué? Pues que reventaremos todos los jueves... Pinchados, aplastados, rotos... Así que no conocemos a los niños que hay por esos mundos...

Entonces intervino otro querubín, el amarillo, que le dijo a Pirula, guiñando retrecheramente un ojo:

—Tú fijate en los paseos y jardines, y verás cuántos globos se escapan todas las tardes en Madrid... Es el castigo que les dan a los chicos, por malos. Y te advierto que los globos, enfadados, se ponen de acuerdo con los barquillos, y los pirulís y los helados, para que aquella tarde esos chicos que no saben tener un juguete sin romperlo, pesquen una buena indigestión...

V

Pirula cae de cabeza en un raro país.

Los siete revoltosuelos, mientras charlaban quitándose la palabra el uno al otro, no hacían más que enredar por el aire, columpiando a Pirula entre sus brazos. Más de una vez la chiquilla, frunciendo los ojos y sacando el hociquito, hubo de decirles un poco enfadada:

—Cuidado, que me vas a dejar caer al mar, y no me gustaría darme un chapuzón.

—No tengas miedo... ¿O es que eres una cobarde? —le preguntaba uno de los angelines, para hacerla rabiar.

Y sí que rabiaba Pirula. ¡Cobarde ella! ¡Si supiesen aquellos diablillos las aventuras que estaba pasando!

Soplaba el viento, y los siete colores del arco iris, dando brincos y cabriolas que les hacían reír a carcajadas, tiraban cada cual de Pirula por un lado, como si la creyesen de goma. La chica, por primera vez en su vida, viendo a sus pies las olas enfurecidas, se asustó.

—¡Que me voy a caer! —gritaba—. ¡Mirad, que me tiráis!

Pero ellos, juega que te juega, no la hacían caso. Y de repente, ¡plaff!, Pirula que cae al agua. Los angelines, espantados al ver lo que acababa de sucederles, salieron volando hacia una nube, y sin pizca de compasión abandonaron a la infeliz chiquilla...

La cual tuvo la suerte de caer con tanta fuerza que las faldas de su vestido se hincharon y la permitieron flotar lo mismo que si se sostuviera sobre un salvavidas. Claro que esto fue en los primeros instantes, y que Pirula comprendía, porque no tenía pelo de tonta, que las faldas acabarían por mojarse, sepultándola en el terrible fondo del abismo. Pero otra vez, como en todos los casos de apuro, cogió su medalloncito del pecho donde guardaba la lágrima de su querida mamá muerta, a la vez que le rezaba con mucha prisa —¡cualquiera desperdiciaba el tiempo!—, no sé cuántas salves a la Virgen.

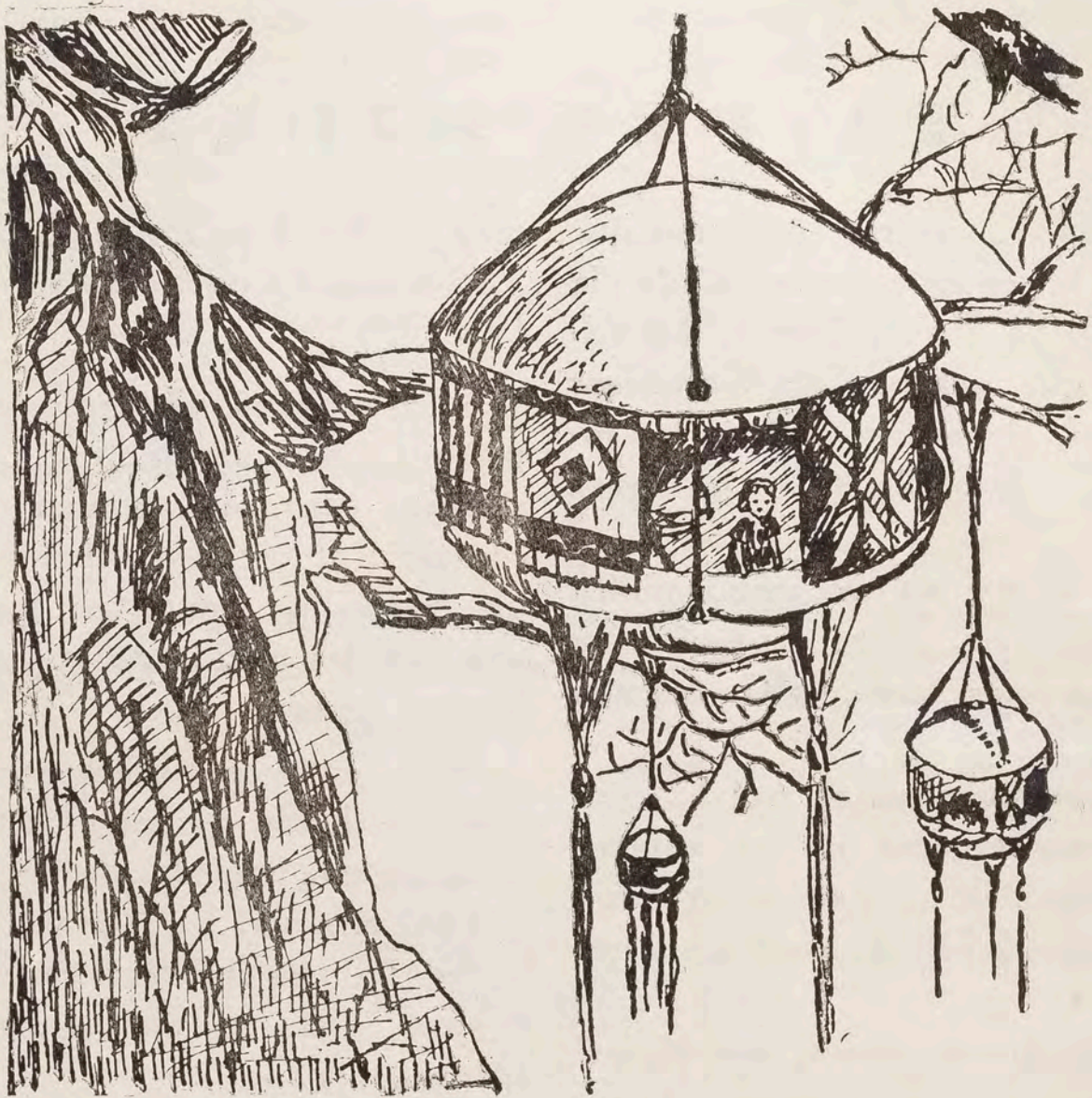
Distraída con ello, tardó en darse cuenta de que, mientras las olas la traían y bajaban como en un montaña rusa, había tropezado con un bulto desconocido, el cual se agitaba furiosamente, ahogando unos chillidos lastimeros.

Pirula, contenta otra vez, porque lo que más le entristecía era la idea de aburrirse horas y horas en aquel mar tan azul y tan inmenso siempre, se acercó a socorrer a aquella especie de animalucho misterioso. Llegaba a tiempo. Era una gaviota que agitaba las alas con desesperación dentro del agua porque no podía sacar el pico, al que se había agarrado una almeja tragona, sin duda con el propósito de devorarla.

Pirula, compadecida, se apresuró a desprender al pájaro de las fuertes tenazas que le tenían sujeto. No dejó de costarle trabajo porque la almeja le atenazaba por la misma punta del pico. Pirula empujó con maña al molusco, haciéndole hundirse en el agua. Y la gaviota, ya libre, abrió las alas, llena de alegría, y exclamó:

—Eres una muchacha de buenos sentimientos, y te lo agradezco mucho. ¿Qué haces aquí?

Pirula soltó la risa.



“Entonces se asomó otra vez para ver si había medio de acercarse a las ramas”

—Señorita Gaviota, ¿pues (no ves que estoy a punto de ahogarme? Anda, anda, despabilate, a ver si puedes sacarme de este apuro... Lo peor es que eres muy pequeña y no sé si podrás conmigo. O creces tú, o me achico yo...

—Espera —contestó el pájaro—. Quiero pagarte el favor que me has hecho, porque soy de una familia de palmípedas muy agradecida.

Y emprendió el vuelo en torno de Pirula, dando varias vueltas. Según giraba, su cuerpo, sus alas, sus patas crecían y crecían hasta adquirir el tamaño de un ibis o un alcotán. En seguida acudió hacia la chiquilla, y posándose en las olas para que ella trepase, se la llevó lindamente por el espacio.

—Como estás muy mojada y has debido

enfriarte, sujétate bien a mis plumas, y sentirás algo de calorcillo.

Y en efecto, las alas del ave empezaron a ponerse rojizas como si se encendieran, y Pirula se creyó que estaba en su camita, arropada con los edrenones más suaves y preciosos del mundo.

Y siguieron vuela que te vuela, a veces tan arriba que se entraban en una nube llena de oro, a veces tan a ras del océano que veían el lomo de plata de los peces.

Por fin divisaron tierra. Pirula quiso descender a escape.

—No —le dijo la gaviota—. Es un país peligroso.

—¿Por qué?

—Porque lo habitan unos negros antipáticos que te van a hacer rabiarse mucho.

(Continuará)

EL REY MIDAS

Midas era un rey poderoso que poseía inmensas riquezas. Cada día llegaban de tierras lejanas los tributos que pagaban sus numerosos súbditos, el oro, la plata y las joyas que iban llenando las arcas reales.

Pero el rey no se sentía nunca satisfecho; era avaro y egoísta, y mientras más tenía, más deseaba poseer.

Un día, mientras se hallaba contando sus riquezas en los sótanos del palacio, se le apareció en forma de un joven bellísimo el dios Mercurio.

—Cuánto oro posees, rey Midas! Bien puedes estar satisfecho de poseer tantas riquezas!

—Pues no lo estoy—contestó Midas; me sentiría verdaderamente poderoso y rico el día que pudiese convertir en oro todo lo que me rodea con sólo tocarlo con el dedo.

—Pues bien—replicó Mercurio;—te voy a conceder esa gracia por un día.

—Pero un día es tan corto—añadió Midas, suplicante al ver que se le concedía lo que más deseaba en el mundo.

—Probemos un día y si deseas que esta gracia se prolongue, yo te la volveré a conceder.—Y diciendo

esto el dios desapareció, dejando a Midas sumido en el mayor asombro.

A la mañana siguiente se despertó el rey, creyendo que había soñado; pero se convenció de lo contrario al ver que allí donde había puesto las manos, en las sábanas, en las almohadas, quedaban huellas de oro.

Saltó entonces ágilmente de la cama, y donde quiera que tocaba aparecía una mancha de oro.

Tocó el agua, las jarras, los jabones, todo lo que necesitaba para lavarse: todo se iba convirtiendo en oro.

El no poder lavarse empezó a inquietarlo. Qué dirían los cortesanos al ver que el rey se presentaba en público sin haberse lavado?

Decidióse por fin a salir al jardín y a ir a desayunarse. Al tocar el pan, éste se convirtió en oro, así como todos los alimentos que intentaba llevarse a la boca para saciar su apetito.

Algo contrariado, abandonó el rey la mesa y se dirigió a su despacho. Allí fue a desearle los buenos días su hija querida; pero al tocarla para estampar un beso en su frente, el rey quedó horrorizado: su

hija se había convertido en una preciosa estatua de oro.

Midas corrió a encerrarse solo en su cuarto. Allí vio con desesperación que las flores del jardín que tanto amaba, también se habían convertido en oro al tocarlas pasando, y pensó que lo más prudente era dejar transcurrir en la mayor inmovilidad aquel día fatal.

Por la noche se le apareció de nuevo el dios Mercurio.

—Rey Midas—le dijo,—quieres continuar poseyendo ese dón maravilloso que tantas riquezas te procura?

Midas cayó a sus pies, sollozando de dolor y exclamó:

—Mercurio, líbrame de este dón odioso que me ha privado de los seres más queridos y de las cosas más bellas. No es el oro lo mejor que hay en el mundo, insensato de mí. Desde hoy en adelante no procuraré amontonarlo avaramente, sino distribuirlo con justicia para bienestar del pueblo.

Y como Midas cumplió su promesa, llegó un día en que el pueblo, dándose cuenta de la buena administración del rey y de su sabio gobierno, exclamó hablando de él:

“El rey Midas hace prosperar cuanto toca. Su mano bendita no sabe sino repartir prosperidad y alegría”.

FABRICACION Y VENTA DE PAN EN ORIENTE

No sólo es el pan el sustento de la vida, sino que también es el más antiguo de los alimentos conocidos que han existido en el mundo. Se cree que, antes que el hombre aprendiera a encender lumbre, sabía ya fabricar pan mojando el trigo, comprimiéndolo hasta hacer una masa, y poniéndolo a secar al sol. Es de suponer que ese pan no sería muy apetitoso. En algunas regiones de Oriente, el pan se elabora todavía en forma rudimentaria y primitiva. Los hornos de piedra, de alfarería y de metal, están contruídos de modo que se les puede transportar fácilmente de una parte a otra. Con la harina hacen una masa que dividen en tortas delgadas y que colocan luégo dentro del horno. Como combustible emplean, por regla general, la leña; pero, como las mu-

jerres de Siria no siempre tienen levadura a mano, el pan resulta bastante desagradable, a menos que se tenga mucha hambre, en cuyo caso, se le encuentra apetecible y delicioso. El hambre es la mejor de las salsas, y cuando se trata de comer pan de Siria, es una salsa indispensable. El pan se vende allá por las calles. En una ciudad como Damasco, nada abunda tanto en la vía pública como los vendedores de pan. El artículo aparece expuesto en mesas, como para tentar el apetito de los transeúntes, y el vendedor espera pacientemente, aguantando impertérrito los rayos del sol, hasta que ha vendido toda su mercancía. Hace tres o cuatro mil años que se emplea ese mismo procedimiento para la elaboración y la venta del pan. ¡El Oriente no varía!

COSTUMBRES DE ALGUNOS PECES



Uno de los deportes más recomendables es sin duda la natación.

Nadar es sano, agradable y necesario; pero es un error creer que quien sabe nadar está exento de perecer ahogado. Si no está muy distante de la orilla, puede tener mayores probabilidades de salvarse, que quien no sabe nadar. Pero si se trata de un naufragio en alta mar, por ejemplo, su habilidad, por grande que sea, no le servirá más que para prolongar sus sufrimientos.

Por eso, siguiendo las lecciones de la naturaleza, se inventaron los salvavidas, desde los cinturones de corcho y las vejigas llenas de aire, hasta los magníficos chalecos salvavidas modernos que se usan en los trasatlánticos.

Con ayuda de estos chalecos se puede permanecer en el agua por espacio de muchas horas sin temor de resfriarse siquiera, por estar ellos protegidos con una envoltura de lana.

Quien ideó aquello de "nadar como un pez", no debía saber que no fue el hombre el primero en usar el salvavidas, puesto que los peces, que son los mejores nadadores, poseen un aparato natural que equivale al chaleco salvavidas.

El aparato flotador de los peces

consiste en una vejiga que éstos llevan dentro del cuerpo, partiendo del esófago o conducto por donde entran los alimentos.

En unas especies esta vejiga es corta y ancha. En otras, larga y delgada. En algunas es doble y en varias otras, se divide en la parte posterior del cuerpo o antes, como ocurre en el bacalao.

La corvina, por ejemplo, tiene la vejiga natatoria con ramificaciones muy extrañas, mientras en otras especies está interiormente dividida en celdillas o venas pequeñas y arterias entrelazadas, que se ramifican en finísimos vasos capilares.

En la vejiga natatoria de los peces se encuentran gases, oxígeno y nitrógeno, que son los principales componentes del aire. En los peces de mar se encuentra mayor cantidad de estos gases que en los de río. Estos gases se forman de la sangre que circula y son absorbidos por una gran cantidad de vasos capilares que se encuentran en las paredes membranosas de la vejiga natatoria.

Desde luego, la entrada y salida de los gases se realiza muy lentamente, y no puede verificarse con rapidez sin ocasionar graves trastornos en el organismo del pez.

Las aletas desempeñan cada una un papel especial. Se dividen en tres porciones que son: la aleta dorsal encima del cuerpo, una aleta caudal que es la de la cola y otra debajo del cuerpo.

Para avanzar en el agua, el pez utiliza la aleta caudal. Los que la tienen muy pequeña, como el caballito de mar, utilizan la dorsal.

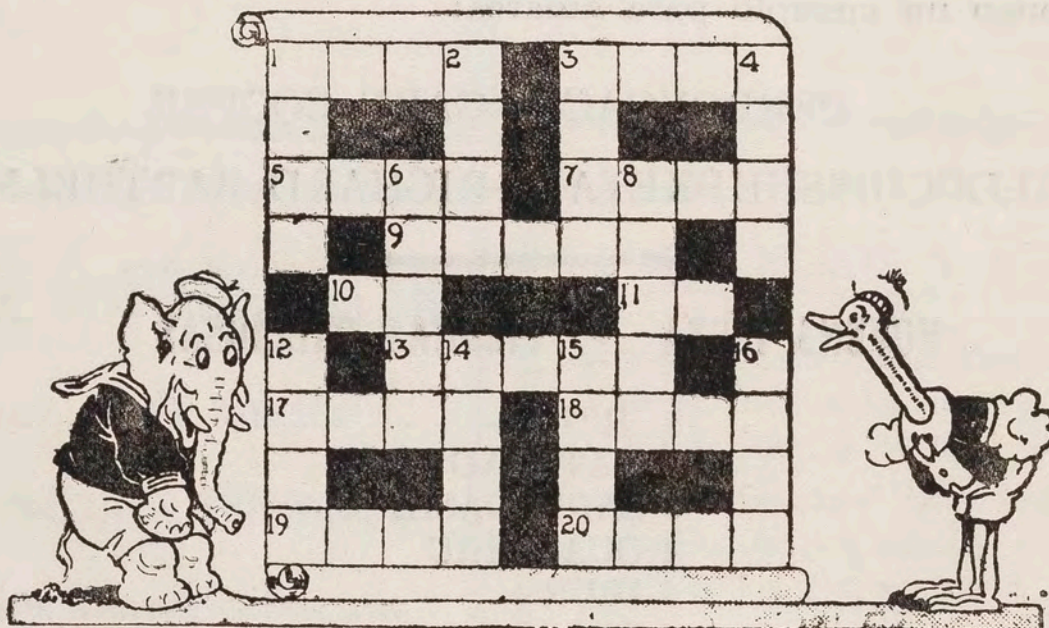
(Continuará)



PASATIEMPOS



CRUCIGRAMA



Horizontalmente:

- 1—Parte del cuerpo.
- 3—Pellejo.
- 5—Alentado.
- 7—Instrumento músico.
- 9—Vegetal corpulento.
- 10—Nota musical.
- 11—Consonante.
- 13—Instrumento de música.
- 17—Percibir olores.
- 18—Habilidad.
- 19—Dueños.
- 20—Arbol.

Verticalmente:

- 1—Domicilio.
- 2—Afecto.
- 3—Cabello.
- 4—Barro.
- 6—En la baraja.
- 8—La primera luz.
- 12—Juguete.
- 14—En el ojo.
- 15—Legumbre.
- 16—Osculo.

NUEVO CONCURSO PARA LOS LECTORES DE "CHANCHITO"

Queridos niños: ofrecemos un nuevo concurso, que durará 10 jueves y que os dará la oportunidad de ganar gratis un famoso premio de sorpresa que se concederá a todos los niños que envíen las soluciones correctas del concurso, que consiste en lo siguiente:

Todos los jueves aparecerá en el centro de la página una lista de 15 palabras que a primera vista no parecen tener significado, pero que puestas las letras en su lugar respectivo, resultan ser los nombres de diferentes personajes, ciudades, artistas, etc.

Así pues, la primera lista será de actores de cine, la segunda de Presidentes de Colombia, la tercera de ciudades principales y así sucesivamente hasta completar las 10 listas.

Son todos nombres muy conocidos y destacados, aunque a primera vista no lo parezca. No se apene ni desanime si inmediatamente no los puede descifrar, no olvide que la paciencia todo lo alcanza.

Os pongo un ejemplo para guiaros:

PERROYGACO—GARY COOPER

MALDCCIRSSHBBKETAR—RICHARD BARTHELMES

NOVENA LISTA - PIEDRAS PRECIOSAS

- 1 REPAL
- 2 NATIMADE
- 3 LARESDAME
- 4 QUASTERU
- 5 IBUR
- 6 OLAPO
- 7 ESJAP
- 8 TILORISCO
- 9 SITATAMA
- 10 OCAPITO
- 11 OXIN
- 12 GAAAT
- 13 GUAA MRAIAN
- 14 IROZFA
- 15 CAROL

Las soluciones deben enviarse al apartado N.º 385, sin cupón - "Sección de Cine".

NOTA—Queridos lectores: No importa que no descifréis los 15 nombres. El premio se concederá al niño que envíe mayor número de nombres solucionados en todas las 10 listas.

Quiere usted recibir a

CHANCHITO

en su casa, sin que le
cueste nada?

Consíganos CINCO sus-
criptores entre sus amigos
y le enviaremos

LA REVISTA GRATIS

Entre los niños que nos envíen las
soluciones correctas de los pasatiem-
pos rifaremos un lindo lapicero.

Las soluciones deben enviarse al apar-
tado 385 con el cupón que aparece al
pie.

CUPON PARA LOS PASATIEMPOS
DEL NUMERO 27

SERVIR ES PROGRESAR

Siempre a sus órdenes

EXPRESO RIBON

Para sus transportes rá-
pidos a todo el país.

Bogotá carrera 8a.,

La simpática y bella Re-
vista Infantil

“CHANCHITO”

se reparte rápidamente por el
“EXPRESO RIBON”

PARA NIÑOS Y NIÑAS:

Ferrocarriles con rieles, túneles y es-
tación, en todos tamaños, desde
\$ 1.00 hasta \$ 10.00.

Cajas de mecanos para todas las
combinaciones mecánicas.

JUEGOS DE CROQUET. - Juegos
combinados en cajas de cinco.

Automóviles en todos estilos.

Caballos, osos, perros, vacas, etc.

Juegos de té, bañitos, teléfonos, ca-
mitas, pesebres, muñecos y muñecas.

Y TODO LO QUE UD. PUEDA
DESEAR PARA OBSEQUIAR UN
NIÑO DESDE RECIEN NACIDO

ALMACEN DEL CENTRO

A. 'DUFFO

BOGOTA - CALLE 12, No. 6-47.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Albumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA

CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

Calzado 'Búfalo'



Búfalo

*No Compre Sin Ver
Nuestro Enorme Surtido.*



ALMACENES:

1.ª CALLE REAL
NO. 11-20

3.ª CALLE REAL
NO. 13-90

ARTICULOS DE PINTURA



COLORES AL OLEO

COLORES A LA ACUARELA

COLORES PARA ANUNCIOS

COLORES PARA PINTAR SOBRE TEJIDOS

TIZAS PARA PINTAR AL PASTEL

TIZAS AL OLEO

PAPELES, PINCELES,
PALETAS, LAPICES, ETC.

OPTICA ALEMANA

SCHMIDT HERMANOS

CALLE 12, NUMERO 176

Nada tan rico

como frotarse el cuerpo,
después del baño
con

Agua de Colonia

Pídele a tu papá

una botellita de una
que es superior, y
no cuesta mucho:

**la de la
PERFUMERIA de
CUNDINAMARCA**

Calle Real con Calle 15
BOGOTA

NIÑOS

Aprovechen los domingos para pasear con sus familias en los trenes de recreo, beneficiándose con el reducido valor de los pasajes que les ofrece el

CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES

El pasaje hasta Apulo, de un sábado a lunes, en primera clase, incluyendo el servicio del hotel, sólo cuesta \$ 9.80. El pasaje de ida y regreso al Salto de Tequendama, en sábado o domingo, y en primera clase, vale \$ 0.50. En el magnífico hotel del Salto se les atenderá por un precio muy módico.

JUVENTUD DE AHORRO, VEJEZ DE ORO

EL PORVENIR ES INCIERTO - ECONOMICE USTED ALGO DE LO QUE GANA
TODOS LOS DIAS - LLEVE SUS AHORROS
A LA

CAJA COLOMBIANA DE AHORROS

PLANTA BAJA DEL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA, Y SOLICITE UNA PRECIOSA AL-CANCIA PARA EL AHORRO EN EL HOGAR

LA LOTERIA DE CUNDINAMARCA

DARA A USTED POR SOLO \$ 0.20

UN PREMIO DE \$ 700-00

POR SOLO \$ 2-00

UN PREMIO DE \$ 7.000-00

**Cinco sorteos y cinco premios mayores
CON SOLO UN BILLETE**

10.000 PREMIOS

GRAN SORTEO EXTRA-GRATIS TODOS LOS AÑOS
PARA LOS NO FAVORECIDOS EN DINERO

SUSCRIBASE USTED

A

'CHANCHITO'

LA REVISTA DE LOS NIÑOS

ADMINISTRACION, CARRERA 6.^a - 10-60

TELEFONO, 90-62